

donde fluye la saliva, la sangre, o donde las fuerzas faltan y se adelanta la asfixia.

Adquirí plena consciencia de la realidad del fenómeno. A través del tubo tal vez cerca, tal vez lejos, oía, muy próxima a mí, a una persona herida, enferma o moribunda. Corrí al comedor y llamé a mi hermana. Sólo a ella, sin despertar sospechas en los demás, pero perentoriamente. La llevé al cuarto de baño y le dije: «Escucha». Entonces se repitió por cuarta vez el quejido, y, aunque pueda parecer insensato, yo tenía la certidumbre de que una persona se hallaba aprisionada en el tubo de plomo de la cañería. Así se lo consigné a mi hermana. No se rió, me dijo que eso no podía ser. El quejido que ella alcanzó a oír era perceptiblemente más corto, y el estertor o gorgoteo final se hacía más perceptible. Tal vez resonaba ya algo a agua, y tal vez el lamento que lo precedía sonaba algo más a silbido de aire.

Miré a mi hermana indicándole con un ademán el sumidero: «Ahí hay alguien que se queja. Es el quejido de una persona. No alarmes a los demás, no digas nada, yo voy a avisar al casero. Algo tenemos que hacer».

Me miraba perpleja. Repetí: «Algo hay que hacer. Puede que en realidad no sea más que un ruido de agua, sin embargo, alguien puede estar en peligro, hay que hacer algo».

Bajé al piso de abajo y pregunté por el dueño de la casa. Le conté lo que habíamos observado y le apremié para que se hiciese algo. No me contradijo, no hubo en él el menor indicio de ironía, pero, no sé si por cambiar de conversación me habló de su hija enferma. Había tenido una recaída..... «Entonces es eso», le dije. Me explicó pacientemente que a la sazón ya no se quejaba; no obstante, me permitió recorrer la casa. El cuarto de la enferma no correspondía al nuestro de baño, las cañerías y los conductos de desagüe no parecían de ningún modo poder contener el cuerpo de una persona. A todo esto, el casero no decía ni que sí ni que no, solo me mostraba pacientemente aquello que yo exigía comprobar y respondía a mis preguntas sobre albañilería y alcantarillado. Sin pensar directamente en ello, por mi memoria revoloteaban mientras tanto los pajarillos que de cuando en cuando perecían aprisionados en la caldera de la calefacción, los montones de cadáveres que todos los años arrastran el Sena y el Támesis, y los enfermos sepultados vivos por incuria de médicos.

Veía desaparecer mis esperanzas de rescatar al ser desconocido cuya voz, cercana o remota a un tiempo, aún resonaba lúgubrementemente en mis oídos. Me detuve perplejo. El casero abrió los brazos y volvió a dejarlos caer con gesto de ignorancia o impotencia. Le dije «¿Y si se avisase a los bomberos?» Esta vez el bueno del casero sonrió, parecía decir con la expresión de la cara: «¿No cree usted que ya hemos ido bastante lejos?».

Regresé a nuestro piso subiendo de dos en dos los escalones.

Fuí a escuchar por el tubo de la calefacción. Golpeé y ausculté suelo y paredes. No llegaban a mí más que sonidos de aire por las cañerías, inconfundiblemente de aire y agua. Quién fuese el que se quejaba, se había callado o había muerto.

Nos acostamos todos. Al día siguiente bajé a la huerta, exploré la ubicación del alcantarillado, atravesé el barrio pobre haciendo, de paso, ligeras preguntas acerca de posibles desgracias ocurridas durante la noche. Llegué al río, seguí su curso fijándome bien si no había alguna cueva o escondrijo, me asomé a las bocas de cloaca y grité hacia sus oscuras y pestíferas interioridades. Me alejaban de la población mis pesquisas. Llegué hasta la presa de la central eléctrica, a unos seis kilómetros del poblado. Más allá, no tuve fuerzas de seguir...

Chebé-CHICHARRO